

América Latina frente a la Crisis de la Globalización y el Nuevo Orden Mundial



Resumen del Panel Internacional de Alto Nivel

19 y 20 de septiembre de 2017, Buenos Aires, Argentina

El 19 y 20 de septiembre de 2017 tuvo lugar en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, el Panel Internacional de Alto Nivel “América Latina frente al Nuevo Orden Mundial y la Crisis de la Globalización”, organizado por CRIES. El evento contó con la participación de más de 70 expertos de 20 países, provenientes de instituciones académicas, organizaciones no gubernamentales, centros de investigación, y gobiernos. El Panel Internacional de Alto Nivel contó con el apoyo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), la Universidad del Salvador (USAL) y la Editorial Perfil.

A continuación, ofrecemos un resumen de las discusiones realizadas durante las dos jornadas.

Conferencia de apertura: el rol del G20 en el nuevo orden mundial

La primera jornada del Panel Internacional comenzó con el debate respecto al rol del G20 en un nuevo ciclo de la globalización.

El G20 representa el epítome de la globalización, es consecuencia de la aceptación de que, en los ámbitos político, financiero y macroeconómico a nivel global, los jugadores no pueden ser solo unos pocos y de que es necesario ampliar el número de actores que participan de las discusiones de temáticas globales. Hoy en día, la agenda del G20 se ha ampliado más allá de los temas financieros y económicos, incluyendo, además de asuntos de economía global, mercados financieros y comercio; nuevas temáticas como agricultura, empleo, energía, combate a la corrupción, participación transversal de la mujer en todas las áreas económicas y políticas, la agenda 2030 del desarrollo sostenible de la Asamblea General de Naciones Unidas, cambio climático, lucha contra el terrorismo, emprendimientos inclusivos, migrantes y refugiados, entre muchas otras.

El rol del G20 consiste, fundamentalmente, en definir líneas directrices en todas estas temáticas para que sus miembros luego las apliquen en los organismos internacionales y en sus relaciones con el resto de los países. En otras palabras, el G20 provee un espacio para la concertación de posiciones y políticas, inclusive entre países con visiones muy distintas y hasta competitivas. La clave aquí es generar puentes para conseguir consensos útiles que posibiliten el avance de las negociaciones en los temas cruciales de la agenda global.

Argentina, como anfitriona de la cumbre del G20 en el 2018, tiene la oportunidad de brindar un enfoque latinoamericano a la reunión. Con ello, se abre la ventana de posibilidad para llevar a la mesa por excelencia en la que se discute la agenda global, problemáticas e intereses propios de nuestra región.

Panel: ¿Cambio de ciclo o post-globalización?

Durante el primer panel del evento se presentaron y analizaron las principales tendencias en materia del proceso de globalización y sus recientes transformaciones, poniendo el foco en los efectos económicos, comerciales y financieros del actual período de transición de la globalización, y sus potenciales impactos en América Latina.

En este sentido, se destacó que nuestra región ha venido atravesando, desde el 2013, un escenario más adverso. En efecto, la reorientación de la economía china (ahora más centrada en su mercado interno), y el decrecimiento de las economías desarrolladas, evidenciado por el bloqueo de proyectos comerciales como el TPP y el TTIP, plantean serios riesgos de un mayor grado de proteccionismo económico, lo que conllevaría consecuencias altamente desfavorables para América Latina y el Caribe.

A su vez, todos estos hechos evidencian el cierre de una etapa de globalización caracterizada por el fin de la Guerra Fría, el aperturismo económico y el liberalismo. El presente sistema internacional denota una clara crisis de hegemonía, lo que, a su vez, abre un período más incierto e impredecible. Este cambio de ciclo mundial supondrá ajustes y reacomodaciones en las matrices de política exterior y de desarrollo de todos los países, y especialmente de los países latinoamericanos.

El nuevo ciclo de la globalización evidencia cuatro características: (1) procesos de cambio de poder a nivel mundial; (2) el agotamiento del ciclo económico basado en la deslocalización productiva; (3) los límites sociales y ecológicos del modelo de globalización precedente; (4) severas fallas de gobernanza regional y global.

Sin embargo, y contrario a lo que comúnmente se supone, este nuevo escenario internacional implica una mayor globalización, mayor transnacionalización e interdependencia creciente. No obstante, supone a la vez dinámicas de creciente relocalización de las cadenas de valor, robotización, mayor integración de la economía digital. El conjunto de estas dinámicas genera una oleada de crecientes demandas desde la ciudadanía, frente a Estados con cada vez menos margen de acción, y frente a mecanismos de integración regional más fragmentados. Ello deriva en un aumento del descontento social, y en un auge de tendencias aislacionistas y antiglobalizadoras.

Frente a estos nuevos desafíos, América Latina precisa trabajar de manera conjunta para diseñar estrategias de desarrollo a largo plazo. Estas estrategias deberán acompañar las nuevas tendencias de la globalización con políticas sociales acordes que apunten a reducir la aguda brecha de desigualdad que aqueja nuestro continente y este nuevo ciclo de la globalización puede acentuar. Puesto de otro modo, se vuelve necesario implementar políticas internas que acompañen la inexorabilidad de la globalización y que piensen el desarrollo nacional con modelos del siglo XXI. Por ejemplo, es pertinente analizar estrategias que permitan garantizar una red de protección social en un mundo de plataformas digitalizadas y cadenas de valor tecnológicas.





Asimismo, en un escenario internacional que avanza hacia el multipolarismo, el principal desafío para nuestra región será diversificar sus vínculos económicos con los nuevos grandes actores de este proceso, en especial, con la región del Asia Pacífico, sin descuidar los lazos con sus socios tradicionales.

Mesa Debate: ¿Hacia un nuevo orden mundial?

La primera mesa debate del encuentro abordó el debate respecto a si efectivamente el escenario internacional está atravesando un período de transición hacia un nuevo orden mundial y un nuevo ciclo de la gobernanza global, con un mayor protagonismo de reglas y actores extra-occidentales; y, en tal caso, cuáles serían las implicancias de esos cambios para el sistema internacional en su conjunto, y para nuestra región en particular.

En este sentido, se afirmó que el nuevo orden mundial muestra una creciente aceptación de las reglas y valores provenientes del liberalismo, en lugar de una fuerte contestación a estas normas. No obstante, el impulso a estas reglas y valores hoy viene dado desde actores deslocalizados del espacio occidental. En otras palabras, los nuevos actores de peso a nivel global no desafían abiertamente el orden mundial existente, sino que juegan con las reglas de este orden, aplicándolas a nuevas regiones y problemáticas.

El orden mundial actual es multipolar y multirregional. Lejos quedó el unipolarismo de fines de la Guerra Fría; hoy Estados Unidos no está en condiciones de hacerse cargo del mundo por sí solo, sino que tiene que hacerlo en colaboración con otros, tanto con miembros de la tradicional Alianza Atlántica como con actores por fuera del espacio occidental.

Una importante discusión dentro de este debate es si efectivamente veremos –como indica la tesis de la *trampa de Tucídides*– un enfrentamiento entre la potencia global ascendente (China) y el poder declinante (Estados Unidos), o si, por el contrario, esa transición ocurrirá de manera pacífica, como pareciera indicarse hasta el momento. Sobre este punto, se destacó que, en las últimas décadas, Occidente ha desarrollado mecanismos inhibidores del cambio violento –como la interdependencia económica en un capitalismo globalizado, la cooperación institucionalizada, y las reglas para limitar el uso de la fuerza y la intervención militar, entre otros– que limitan las posibilidades de un enfrentamiento militar entre las dos potencias. En relación con lo anterior, se destacó que la tesis de la trampa de Tucídides fue desarrollada en contextos históricos donde no existían

estos inhibidores de violencia que hoy sí están presentes, y que tornan el enfrentamiento directo entre dos superpotencias altamente implausible.

En este nuevo orden mundial, China avanza en la creación de un andamiaje institucional propio – del que OBOR y la Organización de Cooperación de Shanghái son pruebas fehacientes – pero dentro de las reglas de juego del orden internacional liberal. Del mismo modo, actúa como mediador en los conflictos de su región (principalmente en Corea del Norte), instalándose como un Estado *buffer* entre Oriente y Occidente.

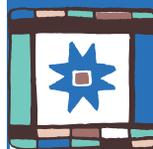
Asimismo, China se ha vuelto el principal socio comercial de muchos países, especialmente en América del Sur.

Desde el regionalismo latinoamericano, es necesario replantear los proyectos de integración teniendo en cuenta esta disimetría comercial entre una Sudamérica que comercia más con China y un bloque conformado por México y Centroamérica que aún concentra su comercio con los Estados Unidos. Sobre este punto, se hizo hincapié en la necesidad de avanzar hacia una integración flexible, que contemple los intereses de esta disimetría entre los países latinoamericanos, y que sirva de plataforma para pensar modelos de relacionamiento Sur-Norte.

Panel: El impacto de la post-globalización y el nuevo orden mundial sobre el regionalismo latinoamericano

El segundo panel del encuentro centró la discusión respecto al impacto de las recientes tendencias económicas, comerciales y geopolíticas a nivel mundial. Los efectos de la crisis financiera del 2008, y el desplazamiento del dinamismo internacional hacia el Asia Pacífico conllevan una serie de desafíos al regionalismo latinoamericano, que a su vez podrían afectar su capacidad de acción como bloque, máxime teniendo en consideración un mundo en el que los lazos económicos y políticos se definen cada vez más en tableros inter-regionales y cada vez menos en la arena global como un todo.

La discusión comenzó destacando que la capacidad de influencia de los Estados latinoamericanos se ha debilitado de manera considerable durante los últimos treinta años; a la par que la región del Asia Pacífico ha cobrado una importancia capital en las dinámicas económicas y comerciales a nivel mundial.





En un escenario mundial en reconfiguración, la posibilidad de una integración latinoamericana efectiva depende intrínsecamente de una efectiva integración productiva entre los países de la región, para luego hacer frente a nuevos socios comerciales.

En la actualidad, los dos grandes déficits del regionalismo latinoamericano son: la falta de comercio complementario; y la falta de cadenas regionales de producción.

El problema para avanzar hacia una efectiva integración productiva es, primeramente, cómo hacer para que las instituciones latinoamericanas lidien con los ciclos políticos internos en la región. En este sentido, cualquiera que sea la institucionalidad que se construya en América Latina, esta debe ser capaz de lidiar con dichos cambios de ciclo políticos –que son consecuencia esperable de la alternancia en el poder propia de los sistemas democráticos– y que, a su vez, impactan en el perfil de las políticas públicas regionales.

Usualmente, lo multilateral en América Latina es visto como un problema a la hora de insertarse de manera ágil en el sistema internacional, especialmente en materia comercial. Frente a esta visión, se hace necesario reconocer, en primer lugar, que los proyectos políticos, culturales y sociales están absolutamente ligados en todos los países de la región; por lo que, en ese contexto, pensar la política regional como un juego de suma cero es una visión errónea. En este sentido, el privilegiar la vía individual, termina fortaleciendo a los actores más fuertes fuera de la región, dentro de la región, y dentro de nuestros países; acentuando así la desigualdad intra e inter estatal.

Es necesario repensar el *por qué* y el *para qué* de la integración regional, que se relacionan con cómo formar masa crítica en nuestra región para hacer frente a las nuevas tendencias de la globalización. Un gran desafío en este sentido es la falta de liderazgo, no de liderazgo a nivel personal sino en materia de proyectos concretos, y con no saber qué espacios regionales pueden ser utilizados para trabajar determinadas temáticas.

En suma, el proceso de integración de América Latina no es un problema de extensión de la integración, sino de su profundización. Con respecto a este punto, existen falencias estructurales, especialmente aquellas referentes a la debilidad de los Estados que muchas veces no cuentan con los instrumentos para promover la integración (como, por ejemplo, en materia de infraestructura), lo que muchas veces impide densificar los procesos de integración latinoamericanos ya existentes. En este sentido, para poder avanzar en la integración es necesario diseñar políticas públicas de mediano plazo que busquen solucionar estos problemas de conectividad e infraestructura al interior de nuestra región.

Panel: ¿Crisis del Atlantismo y del orden liberal internacional?

En el tercer panel del encuentro se debatió acerca de una posible crisis del atlantismo y del orden liberal internacional, analizando si la emergencia de un nuevo escenario global nos obliga a repensar los principios y valores sobre los que se ha construido este orden internacional.

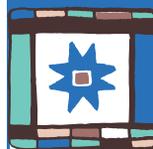
Para comprender el actual escenario internacional, es necesario destacar tres características: (1) la transición hacia un mundo multipolar, con una creciente dispersión del poder; (2) la consolidación de China como segunda potencia mundial, con un modelo económico y gubernamental que se distancia de los esquemas liberales tradicionales; y (3) un proceso de crecientes convulsiones internas en los actores centrales del orden internacional liberal (Estados Unidos y la Unión Europea), evidenciado por el Brexit, la paralización del TPP y del TTIP, el retiro de EEUU del Acuerdo de París, y las dudas respecto al futuro de la OTAN y la Unión Europea.

Con esta redistribución del dinamismo internacional hacia nuevos centros y actores, emerge la siguiente pregunta: ¿Puede hablarse de un orden mundial post occidental?

La respuesta a este interrogante es ambigua. Por un lado, potencias emergentes como China, Rusia, India, Turquía y Brasil, entre otras, no proponen reglas alternativas para la gobernanza global. En efecto, organizaciones como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura, los BRICS, y la Organización de Cooperación de Shanghái presentan nuevos liderazgos globales, pero se basan en reglas liberales preexistentes.

Por el otro lado, estas potencias están en desacuerdo con la forma en que los Estados Unidos y las potencias occidentales han venido operacionalizando estas reglas. En este sentido, más que una verdadera crítica a los objetivos y valores del sistema internacional liberal, los poderes emergentes aceptan y mantienen estas reglas y valores, pero cuestionan e intentan modificar la jerarquía que subyace a este sistema.

En este sentido, se vuelve necesario diferenciar entre instituciones primarias y secundarias. Las instituciones primarias sobre las cuales se asentó el orden liberal internacional, a saber, la soberanía westfaliana, el capitalismo, el *rule of law*, la diplomacia, y el balance de poder, entre otras, no enfrentan hoy un desafío crítico por parte de las potencias emergentes. No obstante, sí existe una fuerte contestación respecto a las instituciones secundarias (derivadas de aquellas instituciones primarias), como las Naciones Unidas, la OTAN, o el Banco Mundial;





respecto a su manera de agregar preferencias y de lidiar con las problemáticas globales.

Esta dinámica llevará a un futuro en el que prime un globalismo descentrado pero basado en instituciones occidentales. En este sentido, un menor protagonismo de potencias occidentales, y una crisis del atlantismo, no debe ser vista como una crisis del orden internacional liberal. Dicho de otro modo, ganarán preeminencia actores por fuera del espacio atlántico, pero seguirán jugando con reglas del orden internacional liberal forjado desde Occidente.

Puesto de modo simple, el escenario que se vislumbra a futuro será más de *evolución* que de *revolución* del orden internacional liberal.

En el plano económico, la regla será la continuidad, particularmente porque China se ha beneficiado del actual orden internacional y percibe que estas reglas actúan en beneficio de su desarrollo económico. Mientras que en el plano de seguridad no se vislumbran grandes cambios respecto a las reglas del uso de la fuerza y de las instituciones de seguridad dentro de la ONU y la OTAN; pero sí habrá un mayor quebrantamiento de estas reglas y un regreso al esquema de las esferas de influencia.

Es en el plano de democracias y DD.HH. donde se enfrentarán los mayores desafíos, debido a que potencias como China y Rusia desafían la universalidad de estos valores, y que países otrora considerados como grandes democracias emergentes están atravesando hoy serias crisis democráticas internas, como lo ejemplifican los casos de Turquía, Brasil y Sudáfrica. Es en este punto en donde América Latina tienen la posibilidad –y la responsabilidad– de realizar su contribución particular, ya que cuenta con una particular legitimidad, un especial interés y una capacidad diferenciada para defender los valores democráticos y de DD.HH., característicos del sistema liberal. En efecto, los países latinoamericanos han hecho grandes contribuciones a la construcción de normas e instituciones interamericanas en materia de DD.HH. y de democracia, pero, a la vez, su política exterior se ha caracterizado por la no interferencia en asuntos internos de otros Estados. Para avanzar valores como la democracia y el respeto a los DD.HH. en un orden internacional plural y multipolar, se necesitará de un creciente papel de América Latina.

Mesa Redonda: ¿Del Atlántico al Pacífico?

Durante la última década, el dinamismo económico se ha desplazado desde la Cuenca del Atlántico hacia el Asia Pacífico, a la vez que China se

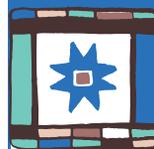
configura como la futura primera economía mundial. Luego de varios siglos de predominio de las potencias de Occidente, la emergencia de nuevos polos de poder en el espacio extra-occidental ha dado lugar al surgimiento de nuevos actores con la capacidad de construir una nueva normatividad internacional. Esta mesa redonda se abocó al análisis de cómo se reestructura el orden internacional a partir de estas tendencias, qué demandas plantean estas regiones en ascenso, cuáles son los desafíos para el bloque atlántico, y qué escenarios se presentan para América Latina a partir de esta reconfiguración del orden mundial.

El debate comenzó con la afirmación de que estamos atravesando un período de transición del orden mundial, en el que las demandas giran en torno a reformar el orden existente, en lugar de abogar por un cambio radical del orden actual.

Estamos presenciando una nueva distribución de capacidades materiales que implica un nuevo equilibrio de poder. Asia Pacífico, y China en particular, han sido prósperas en el orden actual, por lo que las reglas de este orden siguen siendo funcionales al desarrollo de esta región y, por lo tanto, no son contestadas por las potencias en ascenso.

En esta reconfiguración del poder mundial, se evidencia la emergencia de un orden multipolar regionalizado, en el que se superponen escenarios de negociación formales e informales, en ámbitos multilaterales y bilaterales. Frente a esta reconfiguración, emerge el dilema de la gobernanza en un mundo multipolar, ya que no existe un nuevo multilateralismo que se corresponda con la multipolaridad emergente.

En América Latina, se evidencia una falta de liderazgo consensual y multilateral que pueda concertar y unificar ciertas posiciones regionales. Actualmente, no se impulsan posiciones de bloque o intereses comunes, sino que prima un enfoque en el que los Estados de la región apuestan a insertarse unilateralmente, mediante negociaciones bilaterales y acuerdos de libre comercio, en los que rigen los intereses individuales de cada uno de los países de la región. Sin embargo, los países latinoamericanos no tienen capacidad para avanzar sus demandas de manera unilateral en el plano global, por lo que el énfasis debe concentrarse en el trabajo conjunto para lograr una mayor integración regional, no solo para potenciar sus relacionamientos con el Asia Pacífico sino también para contrarrestar falencias estructurales como la falta de inversión en infraestructura y conectividad, y en innovación tecnológica; dos características centrales en el nuevo escenario internacional que permitirían una mejor inserción de la región en el nuevo tablero internacional, y avanzar demandas por una globalización más justa, sustentable e que contemple un desarrollo inclusivo.



Panel: La Emergencia del Asia Pacífico en el sistema internacional

El cuarto panel del evento se enfocó en la discusión de una serie de interrogantes respecto al futuro del esquema de globalización, los nuevos ejes ordenadores del comercio mundial, y las futuras tendencias económicas que plantea este nuevo escenario mundial.

El escenario internacional está avanzado hacia un orden multicéntrico y equilibrado, con creciente participación del Asia Pacífico, y de China en particular; y con un multipolarismo que no necesariamente implica paridad entre los distintos polos, pero que sí conlleva un equilibrio que torna extremadamente difícil actuar de manera unilateral.

Durante el debate, se afirmó que efectivamente se está construyendo un nuevo orden mundial, como lo ejemplifican los BRICS y el ambicioso proyecto OBOR impulsado desde China; pero que este nuevo orden se asienta sobre instituciones preexistentes. En este sentido, es importante resaltar que no se tirarán por la borda las normas e instituciones que encarnan el orden internacional liberal. Por el contrario, China sería una de las grandes perdedoras si el orden internacional como lo conocemos colapsa y se avanza hacia un mundo con mayor proteccionismo. En efecto, OBOR es un proyecto de largo alcance y muy ambicioso, pero que se sustenta claramente sobre los cimientos del orden internacional liberal; a la par que las altas tasas de crecimiento económico chino se sustentan sobre la apertura característica del orden internacional liberal.

Sin embargo, sí evidenciaremos un profundo cambio en el *status quo* global. En otras palabras, el orden internacional como lo conocemos no va a ser reemplazado por un nuevo orden de carácter asiático, pero sí evolucionará hacia un orden con creciente participación asiática.

Frente al crecimiento de China, Washington enfrenta la disyuntiva de coexistir con Pekín o de confrontarlos. Dado que China constituye el mayor mercado del mundo, Estados Unidos tendría serios problemas para llevar adelante una estrategia de completa confrontación con el gigante asiático. No obstante, no debemos apresurarnos a afirmar la declinación de los Estados Unidos, ya que no debe desestimarse su poderío político, económico, militar, científico, y tecnológico, que aun la sostienen como la principal potencia mundial.

Por su parte, Moscú se une a Beijing en su preferencia por un mundo crecientemente multipolar, y en su reticencia hacia el poderío de Washington; pero, por otra parte, Rusia busca no relegar espacios de poder frente a China y tiene problemas con conciliar ser el “socio menor” de la potencia asiática.

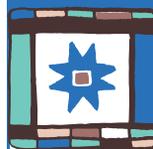
Para América Latina, el avance hacia un mundo multicéntrico se presenta como una gran ventana de oportunidad. Para ello, debe tenerse en cuenta el gran panorama asiático, que incluye no solamente a China, sino también al Asia Pacífico y el Asia Central. En este sentido, vale destacar que los países del ASEAN representan 600 millones de personas. Nuestra región puede establecer relaciones comerciales de gran potencial con estos países, dadas sus altas tasas de crecimiento y sus recientes cambios en los patrones de consumo de sus habitantes, lo que va creando nuevos nichos comerciales (por ejemplo, productos *halal* para la población musulmana).

Para ello, es menester primero planificar una estrategia de inserción, como región, dentro de este nuevo orden mundial con mayor presencia asiática. Para pensar a la región como plataforma de inserción al mundo, es necesario, primeramente, atender el serio déficit de inversión en infraestructura en América Latina, como es el resultado de haberse privilegiado el gasto social en los últimos quince años por sobre la construcción de rutas, puentes, caminos, puertos, y aeropuertos. Si se quiere comerciar como región y exportar a los países del Asia Pacífico y Asia Central, la región deberá enfocarse en revertir este déficit de infraestructura y mejorar la conectividad intrarregional y hacia el resto del mundo.

Panel: Los desafíos del Indo Pacífico

En el presente escenario internacional emergen nuevas configuraciones regionales que captan una cada vez mayor porción del dinamismo económico, comercial y político internacional. En dicho contexto, la región del Indo-Pacífico, delimitada geográficamente por el Océano Índico y por las porciones occidental y central del Océano Pacífico, busca configurarse como un espacio con voz propia. El quinto panel del seminario tuvo como objetivo analizar las dinámicas propias de esta región en ascenso, las visiones de sus actores principales (Japón, India, y Australia), y las oportunidades de nuevos relacionamientos económicos para la región de América Latina y el Caribe.

Desde el 2011, el término Indo Pacífico ha sido usado, de manera repetida, para delimitar una región diferenciada dentro del hemisferio oriental, con actores y dinámicas particulares. El Indo Pacífico presenta una geografía bioceánica, y una gran diversidad en términos ideológicos, lingüísticos, religiosos y culturales. Enfrenta, además, dos grandes desafíos: por un lado, el problema del terrorismo, y, por el otro lado, los crecientes flujos irregulares de migraciones en países del Sudeste Asiático, como evidencia el caso de los migrantes desde Myanmar y Bangladesh hacia Indonesia y Malasia.





Uno de los principales actores en el Indo-Pacífico es la India, quien en los últimos años ha estado participando activamente en distintos escenarios del tablero internacional. Dentro de sus iniciativas, resalta el *Asia-Africa Growth Corridor* (AAGC), un nuevo corredor marítimo, lanzado en conjunto entre India, Japón y una serie de *think tanks* regionales, que conecta el Indo Pacífico con el continente africano.

Si bien este proyecto actúa como contrapeso al OBOR y a la primacía china en la región, es necesario remarcar algunas diferencias entre ambos. En primer lugar, mientras que el OBOR contiene una ruta terrestre y otra marítima, el AAGC solamente comprende corredores marítimos. En segundo lugar, mientras que en el proyecto OBOR las decisiones en materia de infraestructura son tomadas en China, el AAGC busca construir consensos entre India, Japón, y las economías africanas. En tercer lugar, mientras que OBOR es financiado enteramente por el Estado chino, el AAGC cuenta con financiamiento público de los gobiernos japonés e indio, pero también con capitales privados y con *joint-ventures* público-privados. Por último, al ser enteramente marítimo, el AAGC no supone desafíos a la integridad territorial de los Estados, como sí lo hace el OBOR; en este punto, vale considerar, por ejemplo, el tramo ferroviario a construirse entre China y Pakistán, que hará resurgir tensiones con India respecto a las regiones de Cachemira y el Tíbet.

A pesar de ello, no debe olvidarse la importancia del vínculo comercial entre India y China, que supera con creces a aquel de India y Japón. Si bien India, a través del AAGC, busca ganar, sutilmente, espacios de hegemonía que pertenecen a China, no puede abandonar sus vínculos con la principal potencia asiática. Recordemos, en este punto, que India pertenece al Banco Asiático de Desarrollo e Infraestructura - una importante iniciativa china-, y también que Japón ha acompañado, de manera cautelosa, el proyecto OBOR.

Para América Latina, el Indo Pacífico representa una oportunidad de diversificación de relacionamientos externos, una ventana para el crecimiento económico, y un elemento para equilibrar dependencias de otros actores de la región. Para ello, es preciso que la región se asegure un corredor marítimo para conectar con la zona del Indo Pacífico. A modo de cierre, se remarcó que las corrientes oceánicas del Océano Índico tienen la potencialidad de unir los destinos de ambas regiones.

Panel: El rol de los actores no estatales en el nuevo orden mundial

El nuevo orden mundial trae aparejado un despertar político global, esto es, un despertar global desde abajo (*bottom-up*), que implica

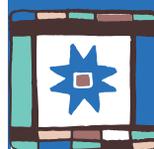
un mayor activismo de la ciudadanía, a través de ONGs, de Estados, o individualmente. A su vez, comprende nuevas problemáticas, desafíos y oportunidades no solamente para los Estados sino también para los actores no estatales, y en particular, para las organizaciones de la sociedad civil. Ello se debe, en gran medida, a que muchas temáticas de carácter global requieren de una acción mancomunada entre actores estatales y no estatales, como, por ejemplo, el cambio climático, el respeto a los DD.HH., la lucha contra el crimen organizado y el terrorismo internacional, las crisis humanitarias y las migraciones masivas, y el aumento de la desigualdad intra e inter estatal, entre otras. Este panel se dedicó a debatir el rol de los actores no estatales en el nuevo orden internacional, y los desafíos que deberán enfrentar estos actores en los años venideros.

La sociedad civil tiene un rol fundamental que no puede ser reemplazado ni por el mercado ni por el Estado. Su labor se centra en sostener redes que cohesionan y dan sentido a comunidades locales y globales, dotando de valores e ideas a la sociedad. En este sentido, la sociedad civil posee una centralidad medular en diversos procesos mundiales y al interior de los estados. Tiene el poder de extender, conectar y movilizar redes; y un gran activo de estas organizaciones es el desarrollo de un criterio de ciudadanía activa.

Sin embargo, cualquier iniciativa de la sociedad civil que no cuente con apoyo político corre el riesgo de terminar meramente en micro entusiasmo o en macro protestas. A su vez, las políticas públicas necesitan el *feedback* de la sociedad civil para ser bien diseñadas y obtener buenos resultados. En consecuencia, es necesario establecer una relación de sinergia entre el Estado y la sociedad civil.

En el nuevo orden mundial, las OSCs enfrentan los desafíos de asegurar un verdadero compromiso político de los Estados con los asuntos globales; garantizar la participación efectiva de la sociedad civil en los foros internacionales; poder participar de manera independiente y sin obstáculos; y garantizar la seguridad y la protección de los defensores de DD.HH.. Asimismo, deben afrontar desafíos como reducir la violencia urbana (particularmente en América Latina); enfrentar situaciones de crisis humanitaria (como los casos de Honduras, Venezuela, México); prevenir y mitigar el crimen organizado (con foco en el triángulo norte de Centroamérica); recibir e integrar a las olas de refugiados causadas por conflictos armados internos e internacionales; avanzar políticas de equidad de género; instalar en agenda el tema de la crisis medioambiental; y lidiar con la reconstrucción post-conflicto de la sociedad en la que actúan (como lo ejemplifica el caso de Colombia).

En paralelo, en el marco de un nuevo orden internacional, surgen nuevas demandas de las organizaciones de la sociedad civil:



demandas por recursos; demandas por mayores canales de diálogo institucionalizados entre las OSCs y los gobiernos nacionales, a través de Ministerios de Justicia y de DD.HH., cancillerías y parlamentos; y demandas por legitimidad y por reconocimiento del trabajo y el aporte de las organizaciones no gubernamentales a la gobernanza global, valorando el *expertise* técnico y de trabajo de campo con el que frecuentemente cuentan estas organizaciones.

En el nuevo orden internacional, existen y seguirán surgiendo demandas por una mayor gobernanza, y las OSCs serán un actor clave para suplir esas brechas y avanzar temas de agenda global en distintos niveles. Muchos proyectos de agencias internacionales y de Estados son planificados, diagnosticados, implementados y evaluados por organizaciones de la sociedad civil. Las organizaciones internacionales dedicadas al desarrollo dependen mucho de las OSCs para la implementación y el monitoreo de sus proyectos. A su vez, organizaciones transnacionales de justicia y DD.HH. se nutren de denuncias elaboradas desde organizaciones de la sociedad civil. En la búsqueda de una gobernanza global inclusiva, las organizaciones de la sociedad civil son el mejor aliado para lograr las metas de un mundo más justo y desarrollado.

Panel: La Gran Eurasia y el Medio Oriente

La Gran Eurasia se configura como un nuevo núcleo de referencia en la dinámica política global, y como un potencial futuro centro de dinamismo económico. Ello nos obliga a repensar y actualizar las consideraciones geopolíticas y geoeconómicas tradicionales para otorgar a este espacio la atención que merece.

En este sentido, resaltan dos factores en el ascenso de Eurasia en el nuevo orden mundial. Por un lado, la solidificación de tres grandes bloques: un bloque atlantista que nuclea a EE.UU. y la Unión Europea (encarnado en la OTAN); un bloque euroasiático que contiene a Rusia y al espacio post soviético; y un bloque asiático con primacía de China. Por el otro lado, resalta un proceso de regionalización, vinculado con un proceso de reglobalización segmentada alrededor de conflictos regionales. En este sentido, el rol de la geopolítica en el espacio euroasiático se hace notar de manera particular: los tres esquemas de conflictos (o “guerras frías regionales”) de la Gran Eurasia se localizan en las zonas del Mar Negro, el Medio Oriente, y Asia Oriental.

Desde lo geopolítico, la Gran Eurasia se presenta entonces como un espacio de interacción entre potencias regionales y extra regionales.

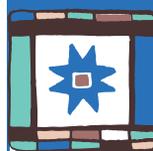
Desde lo ideológico, Eurasia constituye, además, un espacio anti hegemónico. Potencias regionales como Turquía, Rusia e Irán no buscan desarticular las bases normativas del orden internacional liberal; pero sí desafían el modo en que estas normas operan en el plano regional. Asimismo, cada una de estas tres potencias presenta una visión particular del orden regional. Por un lado, Rusia tiene pretensiones a la hegemonía regional, por lo que intenta neutralizar potencias regionales, principalmente en la zona del Cáucaso. Por el otro lado, Turquía busca mantener el pluralismo geopolítico en la región, y ve con recelo la proyección rusa en el Mar Negro y su gravitación en el conflicto en Siria. Por su parte, Irán mantiene un menor perfil, aunque sí busca tener un rol más destacado dentro del espacio euroasiático.

El lugar de Rusia en la Gran Eurasia amerita un análisis detallado. En este punto, surge la pregunta de ¿hasta dónde puede afirmarse que Rusia es euroasiática? Por un lado, la mayor parte del territorio ruso se encuentra en el continente asiático. Por el otro lado, los principales socios comerciales rusos pertenecen a la Unión Europea y no a la Unión Euroasiática. Cabe resaltar, además, que la región del Cáucaso Sur no tiene ninguna institución que nucleee a los tres países que lo componen. No obstante, en los últimos años hemos presenciado una crisis en las relaciones entre la Unión Europea y Rusia, particularmente luego del conflicto con Ucrania; a la par que las relaciones de Rusia con Asia Central han comenzado a tener un nuevo vigor, aunque también han crecido las tensiones con Uzbekistán y Tayikistán.

Rusia debe buscar nuevos aliados si desea aumentar su gravitación en los asuntos internacionales. En esta línea, el bloque BRICS es una buena plataforma para encontrar modelos de cooperación para Rusia. Además, dentro de ese grupo se encuentra India, quien ha sido un aliado clave para Rusia desde los tiempos de la Unión Soviética, y lo seguirá siendo, tanto por motivos económicos como políticos. Por su parte, China, que también pertenece a este bloque, es un socio que Rusia no puede dejar de lado, pero es a la vez un fuerte competidor en Asia Central, en donde China es el principal inversor para muchos de los países de la zona, además de un importante socio en materia de defensa y seguridad.

Para establecer una relación entre los espacios de Eurasia Central y el Medio Oriente es útil señalar una característica común: la existencia de fuertes desbalances entre Estado y nación, es decir, Estados con conformación nacional heterogénea en términos religiosos y étnicos.

El Medio Oriente es una región pluralista, al igual que la Gran Eurasia, en la que los actores no pueden actuar de manera unilateral para cambiar el *status quo*, y necesitan buscar acuerdos con otros actores de la región. No obstante, los esfuerzos por construir instituciones que





permitan coordinar posturas a nivel regional, como la Liga Árabe, han demostrado ser ineficientes para solucionar crisis regionales.

En relación con lo anterior, mucho se habla de que el gran problema del Medio Oriente es el terrorismo. Si bien el terrorismo es una gran problemática de la región, el problema principal en la zona es en verdad la falta de consolidación social, con visiones políticas internas en disputa, alta heterogeneidad religiosa y étnica, y el desafío de construir una visión desde el Estado que cuente con el apoyo de toda la sociedad.

La gran tendencia de las regiones de la Gran Eurasia y el Medio Oriente es la crisis de los Estados, en distintos niveles. Aquellos que menos la sufren son los Estados con un pasado imperial, como Rusia, Irán y Turquía; mientras que los casos más graves se dan hoy en día en Yemen y Siria. En todos los casos, se evidencia una aguda crisis de legitimidad. Como respuesta a ello, emerge una fuerte retórica nacionalista de parte de las élites gobernantes, como modo de conseguir apoyos internos.

Mesa Debate: ¿Hacia dónde va América Latina?

El escenario político y económico en América Latina está en reconfiguración, a partir de factores como el retroceso electoral de la izquierda, el cambio en la orientación político- ideológica de algunos de los nuevos gobiernos de la región, el estancamiento y las abruptas caídas en las tasas de crecimiento regionales luego de la crisis financiera de 2008, la crisis política en Brasil, la crisis humanitaria en Venezuela, el proceso de paz en Colombia y el proceso de actualización en Cuba, entre muchos otros. Todos eventos abren una serie de interrogantes acerca del futuro de la región y la orientación general de los procesos de regionalización en los años venideros, temáticas que han sido el eje orientador de esta Mesa Debate.

Desde el fin del boom de las *commodities*, América Latina se encuentra crecientemente dividida en términos políticos y no logra profundizar sus procesos de integración.

Un caso para analizar desde esta perspectiva es la crisis venezolana. Vista desde la perspectiva del accionar del regionalismo latinoamericano, esta crisis evidencia que América Latina es muy buena para crear instituciones, pero que no lo es tanto a la hora de accionar los principios que sustentan esas instituciones, como lo es el respeto al sistema democrático de gobierno. No obstante, desde una postura más optimista, la crisis venezolana también demuestra que se ha forjado en nuestra región una cultura predominantemente pro democrática, que

se encuentra fuertemente arraigada, a pesar de que, por el momento, no se hayan arribado a soluciones regionales particulares a esta crisis.

Sin embargo, la existencia de esta cultura democrática no debe confundirse con un buen funcionamiento del sistema democrático *per se*. Por el contrario, por más que exista el andamiaje democrático en la enorme mayoría de los países de la región, lo hace a un gran costo: obstrucción de la justicia, grandes escándalos de corrupción, debilidad de la arquitectura de frenos y contrapesos, etc. En este sentido, crisis políticas como la de Brasil ilustran, de manera sintomática, rasgos comunes al conjunto de la región.

No obstante, América Latina cuenta también con algunas ventajas comparativas. En especial, cuenta con un “desacople positivo”, esto es, ser una región aislada de la línea de tensión internacional, ubicada al margen de las grandes oleadas de migrantes y refugiados internacionales, y de las miras de los atentados terroristas. Asimismo, la falta de atención de Estados Unidos hacia la región le brinda un mayor margen de maniobra y de autonomía, que, a su vez, puede ser aprovechado para diversificar la matriz de relacionamientos exteriores de los países latinoamericanos.

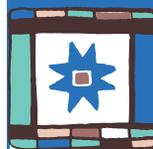
La región debe trabajar en sus modelos de integración para avanzar hacia la convergencia en la diversidad. Los países latinoamericanos tienen ideologías y modelos de desarrollo muy distintos, pero es necesario evitar la fragmentación e impulsar una mayor articulación entre los países de la región.

Claro que todo modelo de integración precisa de apoyos internos, y hoy en América Latina flaquean tanto las condiciones externas –debido al fin del boom de las *commodities* y del ciclo expansivo de las economías regionales– como el apoyo interno hacia una mayor integración.

Asimismo, es necesario generar unidades de planeamiento estratégico regionales, desde el nivel gubernamental, para pensar estrategias de integración regional y de inserción global a mediano y largo plazo. Para ello, es preciso generar una mayor difusión del conocimiento y de acceso a la información y educación entre los países de la región, que permita compartir de manera más equitativa las prácticas de buen gobierno que se vayan desarrollando.

Conferencia de cierre: América Latina frente a los nuevos desafíos globales

La conferencia que dio cierre al Panel Internacional analizó el lugar de América Latina frente a los nuevos desafíos que presentan el nuevo



ciclo de la globalización y la reconfiguración del orden internacional, así como el futuro del proceso de integración latinoamericano en este nuevo escenario mundial.

Frente a estos desafíos, se afirmó que el proceso de integración latinoamericano debe, a futuro, enfocarse en el concepto de *las 4 íes*, esto es: *mayor innovación; mayor inclusión; menor impunidad; menor inequidad*.

A nivel global, en lugar de hablar de post-globalización debiera hablarse de una *reglobalización* que altera tres dimensiones:

- . (1) *Espacio*: En el período de reglobalización se va generando una gobernanza líquida en los niveles global, local y *glocal* (categoría que subsume las dos dimensiones anteriores);
- . (2) *Tiempo*: La velocidad exponencial a la que avanza el cambio tecnológico ha acortado nuestro horizonte de perspectivas a un plazo de solamente cinco o tres años, cuando antes se pensaba en el largo plazo como, al menos, un período de diez o quince años.
- . (3) *La emergencia de nuevos factores de producción*: Hoy en día no solamente se consideran como factores de producción la tierra, el trabajo y el capital, sino que emerge, además, el nuevo factor de la inteligencia artificial, que aumenta de manera exponencial los cambios en el proceso de producción, los avances tecnológicos, y el futuro del trabajo.

En tal contexto, América Latina tiene la oportunidad de poner el avance tecnológico al servicio de una mejor conectividad física, aprovechando para ello invenciones como el internet de las cosas (*Internet of Things* o *IoT*), la bioeconomía, la nanotecnología, la revolución de los sensores, y la geolocalización de cadenas logísticas. Para ello, la región debe comprender la geopolítica de la automatización y la reinención del concepto de trabajo; y diseñar estrategias para poder vincular una innovación tecnológica con una mayor inclusión social.

América Latina tiene el desafío de construir *ventajas innovativas*. Un reciente estudio del Latinobarómetro demostró que la integración regional cuenta con amplio consenso entre los latinoamericanos (en efecto, 7 de cada 10 personas consultadas apoyan la integración en términos económicos, y 6 de cada 10 apoyan también la integración política). No obstante, el mismo estudio mostró que el sistema democrático de gobierno cuenta con el nivel de apoyo más bajo en las últimas décadas (solo 5 de cada 10 latinoamericanos prefieren la democracia por sobre el resto de los regímenes de gobierno), y, principalmente, que los latinoamericanos expresan un profundo malestar con el estado de la democracia en su país, dado que solo



3 de cada 10 están satisfechos con el funcionamiento del sistema democrático, y 7 de cada 10 consideran que están gobernados por unos cuantos poderosos que lo hacen en su propio beneficio.

Tomando en consideración estos consensos y descontentos, la integración y la calidad institucional de América Latina también se juegan en el plano de esta micro globalización tecnológica. La región tiene que ser capaz de hacer penetrar los beneficios de la renovación tecnológica en la agenda de integración de nuestros países, avanzando hacia la mejora de la infraestructura institucional, física, digital y de confianza -esto último a través de leyes claras de financiamiento político, ya que el financiamiento espurio de la política es uno de los grandes flagelos que explican las falencias de los sistemas democráticos de la región-.

A modo de cierre, América Latina necesita generar una nueva creatividad que responda a los desafíos de la economía colaborativa, la robotización y el avance de las nuevas tecnologías. Necesita una nueva creatividad a la hora de elaborar respuestas ante un escenario internacional sinfónico que conjuga distintas melodías en simultáneo: que es, a la vez, regulado y autorregulado, capitalista y socialista, centralizado y descentralizado, con sociedades crecientemente interconectadas, pero también con fuerzas que pujan por un mayor aislamiento, y con una constante creación y destrucción de puestos de trabajo.

Todas estas dinámicas ocurren en simultáneo en un mundo policéntrico, plural y sinfónico; y requieren de respuestas innovadoras y coordinadas desde nuestra región.

